



Japón y su relación con Occidente. Conmemoración de los 400 años de relaciones España-Japón

Anjhara Gómez Aragón (Editora)

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A



Los orígenes de los japoneses a través de las relaciones científicas con Occidente

Rafael Abad de los Santos

1. Introducción.

En la segunda mitad del siglo XIX, un grupo de occidentales -entre los que destacan el zoólogo Edward Sylvester Morse (1838-1925), el dragomán de la Embajada de Austria-Hungría Heinrich von Siebold (1852-1908) y el médico Erwin von Bälz (1849-1913)- llegan a un Japón sumido en un profundo proceso de transformaciones iniciado con la restauración Meiji (1868). Las motivaciones iniciales que llevaron a estos extranjeros hasta una lejana tierra emplazada literalmente en las antípodas de Occidente fueron de carácter dispar, pero, una vez en Japón, su estancia quedaría marcada por un denominador común: su interés hacia los orígenes de los japoneses y la identidad de los primeros pobladores del archipiélago. Este interés habría de materializarse de forma concreta en una serie de investigaciones que se convertirían de hecho en los primeros estudios arqueológicos y antropológicos modernos realizados en este país asiático. Al avanzar la década de 1880, al tiempo que Japón consolidaba su posición en la escena internacional, la presencia de estos occidentales se iría diluyendo gradualmente. Sin embargo, las primeras generaciones de arqueólogos y antropólogos nipones, estimulados por la actividad de Morse, Siebold y Bälz, heredarían su curiosidad hacia los mismos temas de investigación. De este modo, el nacimiento de la nación japonesa y la identificación de los primitivos habitantes de las islas se convertirían en las décadas siguientes en temas centrales dentro de la antropología y la arqueología de Japón.

La formulación de los diferentes modelos e hipótesis etnogenéticos planteados durante estas décadas estuvo determinada, aparentemente, por el propio desarrollo interno de estas disciplinas: nuevos descubrimientos y excavaciones, avances metodológico, controversias entre diferentes posiciones teóricas, etc. Sin embargo, un análisis contextual de la historia de la antropología y la arqueología en Japón evidencia que la mayoría de estos modelos e hipótesis, en muchos casos aparentemente antagónicos, en realidad funcionaban como pequeñas variantes dentro de los mismos esquemas de pensamiento -paradigmas-, y que, más allá, el contexto -tanto nacional como internacional- sociopolítico, económico e ideológico jugó un papel fundamental, modelando los posibles paradigmas así como sus limitaciones epistemológicas. Dicho con otras palabras, para comprender correctamente estos modelos e hipótesis, así como los paradigmas sobre los que se sustentaban, resulta imprescindible adoptar un enfoque que trascienda una simple concepción «doméstica» de la historia de la ciencia. Este texto tiene como principal

objetivo ofrecer una síntesis de los principales modelos etnogenéticos propuestos en Japón entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX -especialmente entre las décadas de 1870 y 1930-, pero asumiendo siempre que factores externos como las relaciones con Occidente ejercieron una influencia definitiva en la formación del conocimiento arqueológico y antropológico en Japón.

2. Contexto histórico: el nacimiento del Japón Moderno.

El 9 de noviembre de 1867, Tokugawa Yoshinobu (1837-1913), décimo quinto caudillo o shōgun de la casa Tokugawa, ponía su cargo a disposición del emperador Mutsuhito (1853-1913) -más tarde llamado Meiji- tras varias décadas de inestabilidad política y social. Tras un breve enfrentamiento entre clanes leales a los Tokugawa y clanes partidarios de reformas -la «guerra del Sudoeste», denominada en fuentes occidentales como la «rebelión de Satsuma»-, el 3 de enero de 1868 Mutsuhito declaraba de forma oficial la restauración del poder imperial y el fin del shogunato Tokugawa, que había controlado los destinos del país durante más de 250 años, imponiendo una política de aislamiento casi absoluto con respecto a Occidente.

La llamada «restauración Meiji» (Meiji Ishin), sin embargo, supuso algo más que un simple reajuste en el equilibrio de fuerzas políticas del país, y marca de hecho el punto de partida en el establecimiento de un Estado moderno y centralizado, según criterios occidentales, en Japón. El nuevo gobierno, establecido en la ciudad de Edo -a la que se dio el nombre de Tōkyō o «capital oriental»-, emprendió rápidamente reformas en todos los ámbitos imaginables, impulsado a partes iguales por la admiración hacia la superioridad técnica de Occidente, y el temor a convertirse en una colonia o en un imperio decadente, tal como había sucedido con la India y China.

Una reforma administrativa dividió el país en prefecturas, cuyos gobernadores eran nombrados directamente desde la capital, desbaratando así los feudos tradicionales de los clanes. Las reformas financieras impusieron un sistema decimal, utilizando el yen como moneda básica, al tiempo que se adoptaba un sistema bancario según el modelo de la American Federal Reserve. El sistema de estamentos sociales fue suprimido, y en 1873 la ley de reclutamiento abolió las últimas diferencias entre los samurai y la gente común, eliminando los históricos privilegios del estamento militar y creando un ejército nacional de alistamiento

obligatorio. Además, se implantó un sistema de educación universal, cuya cúspide sería la Universidad de Tôkyô, que tuvo un papel básico en el desarrollo de una conciencia nacional, al insistir en que el ideal educativo debía estar al servicio del Estado.

Los japoneses no actuaron solos en este proceso. Por ejemplo, en 1875 el gobierno tenía a su disposición a más de 500 expertos, técnicos y profesores extranjeros -conocidos como oyatoi-gaikokujin- colaborando en la modernización del país. Los británicos desempeñaron un papel fundamental dentro del Ministerio de Obras Públicas, participando en el desarrollo de la red ferroviaria y el sistema de telégrafos. Los estadounidenses contribuyeron en la creación del servicio nacional de correos, así como en el establecimiento de centros de explotación agropecuaria, aunque también actuaron de un modo activo como profesores en las nuevas instituciones educativas. Los franceses trabajaron para el Ministerio de Justicia adaptando los códigos legales europeos a las necesidades autóctonas, y fueron además los encargados de organizar las nuevas fuerzas armadas. A mediados de la década de 1880 serían sustituidos en este sentido por los alemanes, quienes también participaron en la organización de las nuevas universidades. Concedor de la superioridad técnica y científica de Occidente, el nuevo gobierno, no obstante, nunca emplazó a estos extranjeros en los puestos de máxima responsabilidad, con el objetivo de mantener su capacidad de decisión libre de «injerencias».

La reacción local ante este proceso no fue, por otra parte, homogénea. Algunos japoneses justificaban radicalmente la adopción de todo lo extranjero, clamando incluso por la modificación o el abandono del propio idioma y una política activa de matrimonios mixtos con occidentales, con el objetivo de «mejorar la raza». En general, el país abrazó, con una mezcla de admiración y frenesí, las nuevas costumbres de ultramar, que incluían una dieta basada en la carne animal, trajes y peinados de corte occidental, y objetos como relojes y paraguas. Sin embargo, ya desde el mismo momento de la restauración, se estaba produciendo en los círculos intelectuales un debate más profundo en torno al significado último de la palabra «modernización». Para unos, Occidente, con su desarrollo científico y valores sociales de igualdad, libertad e individualismo, ofrecía el modelo de civilización a seguir. A esta tendencia se contrapuso una «reacción» que, aun reconociendo la utilidad de las ciencias y las tecnologías occidentales, insistía en la superioridad moral de Japón. Algunos de los que formaban parte de esta tendencia no eran partidarios de un programa liberal, aunque sí se sentían atraídos por un

Estado autoritario según el modelo bismarckiano. Otros, aglutinados en torno al Ministerio de la Casa Imperial, insistían en la restauración del shintô -la región prístina de Japón- como referente moral del nuevo Estado. Este debate habría de conducir finalmente hacia la formación de un «conservadurismo ilustrado», ya especialmente visible a partir de la década de 1890. Como Hall (1973:269) indica, el sentimiento inicial de vergüenza producido por el retraso del país, dejaría paso entonces a un nuevo orgullo nacionalista sostenido por el éxito de la modernización así como por la adhesión a los valores tradicionales, simbiosis que quedaría sintetizada en la expresión wakon-yôsai, esto es, «espíritu japonés, técnica occidental».

3. Sustitución y mestizaje.

3.1. Morse y la teoría pre-ainu.

Edward Sylvester Morse nace el 18 de junio de 1838 en Portland (Maine), en la costa noreste de los Estados Unidos de América. Incapaz de adaptarse a la vida escolar, fue expulsado de tres colegios diferentes durante su infancia y no llegó a completar nunca los estudios básicos. Sin embargo, albergó desde temprano una fuerte curiosidad hacia las ciencias naturales, y a la edad de 16 años ya había reunido una vasta colección de especímenes, que llamó la atención de los especialistas locales, hasta el punto de que el naturalista Louis Agassiz (1807-1873) le ofreció convertirse en su ayudante en la Universidad de Harvard¹.

Como zoólogo, Morse se especializó en el campo de la malacología, poniendo especial interés en los braquiópodos, un grupo de animales marinos cuya filiación estaba siendo discutida entonces. Sin embargo, hacia principios de la década de 1870, en las costas americanas no se conocían más que unas pocas especies de ellos. Fue entonces cuando llegó a sus manos un artículo del paleontólogo británico Thomas Davidson (1817-1885), en donde se afirmaba que las aguas de Japón estaban densamente pobladas por estos animales. Con el objetivo de recabar más datos, Morse planificó una breve estancia de tres meses en el país asiático, poniendo rumbo a Tôkyô el 29 de mayo de 1877.

¹ La obra básica de referencia sobre Morse continúa siendo en la actualidad el estudio de Dorothy G. Wyman (1942). En japonés se han publicado desde la década de 1970 un gran número de trabajos, entre los que destaca el exhaustivo estudio de Isono Naohide (1987).

Tras desembarcar en Yokohama el 18 de junio, Morse se dirigió el día siguiente a la capital, haciendo uso de la línea de ferrocarril que había sido inaugurada unos años antes. Quiso la fortuna que, al pasar por la estación de Ômori, a unos 9 kilómetros de Tôkyô, Morse advirtiese la presencia de un depósito de conchas, que había quedado expuesto por la construcción de la vía férrea. Aunque no había recibido formación académica como arqueólogo, el estadounidense tenía experiencia en la excavación de concheros en Nueva Inglaterra, y supo de inmediato que el depósito era de origen artificial. Se trata del «descubrimiento» del conchero de Ômori.

Una vez en la capital, Morse tuvo un recibimiento inesperado, pues al reunirse con el superintendente del Ministerio de Educación, éste le ofreció un contrato de dos años como profesor en la recién creada Universidad de Tôkyô. De este modo, pasó a engrosar las filas de los expertos extranjeros contratados por el Estado japonés, una posición que otorgaba un gran prestigio social al mismo tiempo que garantizaba una fuente segura de ingresos.

La actividad de Morse a lo largo de este período fue extraordinariamente fructífera: establecimiento del primer laboratorio marino de Japón en Enoshima, implantación de los cursos de zoología y biología en la universidad, divulgación del evolucionismo darwinista, etc. Por lo que respecta al conchero de Ômori, tras un par de visitas preliminares en septiembre, en donde confirmó la presencia de fragmentos de cerámica y útiles líticos, decidió realizar una excavación a gran escala el día 9 de octubre, con la participación de profesores, alumnos y obreros contratados para la ocasión. No existe información detallada sobre el propio proceso de excavación, aunque se sabe que durante la misma fueron hallados útiles sobre asta y hueso, herramientas de piedra, vasijas y placas de arcilla, y restos óseos de origen humano, que parecían mostrar evidencias de canibalismo. La cerámica era con diferencia el material más abundante (unas 50 vasijas más o menos completas, y miles de fragmentos) y estaba decorada con «impresiones de cuerda» («cord marked impressions») (Morse, 1879b:9), expresión que daría origen al término japonés jômon, con el que se conoce en la actualidad a esta cerámica, y por extensión, a la cultura de este período.

Después de la excavación, Morse se dedicó a la redacción de un exhaustivo informe en inglés, que vio la luz en el segundo semestre de

1879² con el título de *Shell Mounds of Omori*³, en donde analizaba los restos hallados y planteaba su propia hipótesis respecto a los creadores de esta cultura. Al informe original redactado en inglés seguiría poco después la publicación de la traducción japonesa, obra del profesor Yatabe Ryôkichi (1852-1899). La principal conclusión a la que Morse llegó tras examinar los restos aparecidos en Ômori era que este conchero demostraba la existencia de una primitiva «raza de la Edad de Piedra», que había poblado el archipiélago antes de la llegada de los japoneses y de los ainu. En aquel entonces, se pensaba que los ainu -los habitantes indígenas de Hokkaidô, las islas Kuriles y Sakhalin- habían penetrado en el archipiélago desde el norte, siendo expulsados luego por los antepasados de los japoneses, quienes habrían llegado desde uno o varios puntos del continente en un momento posterior.

Debido a que el conchero se distanciaba de la costa unos 800 metros y a que existían diferencias entre las especies de bivalvos descubiertas en Ômori y las que habitaban la bahía de Tôkyô en ese momento, Morse pensó que se habían producido notables cambios geomorfológicos desde la formación del conchero hasta la actualidad, es decir, que éste pertenecía a un período considerablemente antiguo. Esta conjetura parecía estar reforzada por la presencia de restos óseos humanos que mostraban, por una parte, evidencias de antropofagia, y por otro, «platicnemia», esto es, una deformación de la tibia observada con frecuencia en pueblos primitivos. Igualmente, según la interpretación más habitual de las primeras crónicas compiladas en Japón durante los siglos VII y VIII, los ainu habían ocupado la llanura de Kantô -en donde se ubica Tôkyô- hasta la «llegada» de los japoneses, pero dado que carecían de tradición cerámica, entre ellos no estaba documentada históricamente la práctica del canibalismo, y en el conchero no había aparecido un tipo de abalorio denominado magatama muy apreciado por ellos, Morse dedujo que el conchero de Ômori pertenecía a una «raza» diferente, a la que denominó «pre-ainu» (Morse, 1879b:264, 266).

3.2. Siebold y la teoría ainu.

A diferencia de Morse, cuya relación con Japón había sido inexistente hasta 1877, Heinrich von Siebold procedía de una familia con un largo

² El prefacio del informe está firmado el 16 de julio de 1879, pero la noticia de la publicación no aparece en los periódicos japoneses hasta septiembre. Isono da como fecha probable de publicación finales de agosto o principios de septiembre (Isono 1987, p. 124).

³ La transcripción correcta del topónimo japonés es *Ômori* u *Oomori*.

maridaje con este país asiático. Nacido el 21 de julio de 1852 en las cercanías de Boppard, a orillas del río Rin, su padre era el célebre Philip Franz von Siebold (1796-1866), médico y científico que había trabajado para la Casa de Comercio de Holanda en Dejima, en la bahía de Nagasaki, entre 1823 y 1829. Philip es recordado en la actualidad como el introductor de la medicina occidental en Japón, así como uno de los fundadores de la japonología occidental.

Tras pasar su infancia y adolescencia entre Bonn, Leiden y Würzburg, Heinrich visitó Japón por primera vez en 1869 acompañado por su hermano mayor Alexander. Aunque no había concluido la educación secundaria, su dominio del idioma japonés le permitió incorporarse como intérprete a una delegación del Imperio de Austria-Hungría, que en aquel momento estaba negociando un tratado comercial con el gobierno japonés. Poco después entró a formar parte del personal de la embajada austro-húngara en Tôkyô en calidad de *dolmetsch-eleve*, o traductor temporal, y en 1874 fue ascendido al puesto de traductor-agregado.

No se conocen con detalle sus primeros pasos en el campo de la arqueología, aunque entre los cientos de objetos que su padre trajo de Japón, había algunas hachas y puntas de flecha de la llamada ahora cultura Jōmon (Sahara, 2007:731), y es más que probable que el entorno familiar ejerciese una influencia positiva en este sentido. Sí sabemos con certeza que en el año 1871 Heinrich entró en contacto con Ninagawa Noritane (1835-1882), un coleccionista de piezas de arte que introdujo al joven europeo en el mundo de las antigüedades japonesas (Seki, 1985:117). Dos años después, Heinrich donó al Museo Nacional de Dinamarca un conjunto de 46 útiles líticos procedentes de Japón, aunque se ignora si eran artefactos descubiertos por él, o bien obtenidos a través de intermediarios. Hay que destacar que el director del Museo en aquel entonces era el reputado arqueólogo Jens Worsaae (1821-1885), con el cual Heinrich mantuvo una relación epistolar que se prolongaría a lo largo de una década (Kreiner, 2011:13).

En 1875, ingresó en la Sociedad Alemana de Estudios Orientales (*Deutsche Gesellschaft für Natur- und Völkerkunde Ostasiens*) y tres años después en la Sociedad Antropológica de Berlín (*Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*), a las cuales contribuiría con algunos artículos breves, en donde menciona su «coleccionismo» de objetos antiguos (Kreiner, 2011:19). Parece ser, sin embargo, que fue la propia excavación del conchero de mori por Morse lo que le incitó a involucrarse en el estudio directo de yacimientos. Aunque Heinrich no

llegó a redactar un detallado informe al estilo de Morse, se sabe que realizó excavaciones en siete yacimientos en las cercanías de Tōkyō, e incluso existe la posibilidad de que excavase en Ōmori o sus alrededores en 1877 (Kreiner, 2011:19). Los resultados de sus investigaciones quedaron recogidos en dos obras publicadas en 1879: *Notes on Japanese Archaeology with Especial Reference to the Stone Age* y *Kōko-setsuryaku*. El primero es un breve compendio escrito en inglés de las principales clases de yacimientos y artefactos conocidos hasta la época en Japón, y en su interior Heinrich desarrollaría la llamada «teoría ainu». Por su parte, *Kōko-setsuryaku* es una de las primeras obras de introducción a la arqueología moderna escrita en japonés, y en ella aparece el término *kōkogaku* por primera vez, que designa en la actualidad a la disciplina arqueológica en Japón⁴.

Según Heinrich, los concheros hallados en Japón demostraban que las islas habían sido habitadas por una raza de la Edad de Piedra -«un período cuando todavía se empleaba la piedra y el hueso en la elaboración de armas, y cuando las vasijas de arcilla se modelaban simplemente a mano» (Siebold, 1879b:11; t.d.a.)-, cuyos últimos representantes eran los ainu, que pervivían en la isla de Hokkaidō y otros territorios septentrionales, y no una raza anterior a éstos, como mantenía el estadounidense.

De acuerdo con Morse, los ainu carecían de alfarería, y dado que era un hecho «generalmente admitido por los etnólogos que una vez adquirido el arte de la cerámica nunca se pierde» (Morse, 1879b:264; t.d.a.), las vasijas así como los elementos materiales asociados a éstas, debían pertenecer a un pueblo diferente. Sin embargo, durante un viaje a Hokkaidō en 1878, Heinrich halló en dos yacimientos cerca de la costa algunos fragmentos de cerámica «similares» a los encontrados por él en los alrededores de Tōkyō. Además, los motivos decorativos de las cerámicas eran, según él, semejantes a la ornamentación visible en las tallas de madera y los bordados de los ainu en tiempos modernos, añadiendo asimismo que si los ainu ya no fabricaban cerámica, ello se debía a la adquisición a través del comercio de recipientes de porcelana, metal o arcilla de origen japonés.

⁴ El texto principal de la obra está precedido por un preámbulo de Yoshida Masaharu (1852-1921), diplomático y amigo personal de Heinrich. Aunque el propio Heinrich hablaba japonés fluidamente, sus conocimientos respecto al idioma escrito eran muy limitados, y es muy probable que Yoshida participase en la traducción o elaboración del texto. Por otra parte, no ha llegado hasta nosotros un manuscrito en alemán o inglés, y se ignora cómo fue el proceso que dió origen a la obra.

Por otra parte, al igual que Morse, Heinrich no encontró cuentas de tipo magatama en los montículos de conchas, pero debido a que «este ornamento de piedra sólo ha sido conocido por los ainos [sic] en tiempos relativamente recientes... sería casi imposible esperar el descubrimiento de tales adornos entre los rudimentarios útiles de piedra que aparecen en los concheros» (Siebold, 1879b: 14; t.d.a.). De este modo, la ausencia de magatama se convertía en un argumento a favor de la teoría ainu.

En tercer y último lugar, aun admitiendo la posibilidad de que los restos óseos de *mori* demostrasen la práctica de la antropofagia, la ausencia de «caníbales» en los textos históricos tampoco era una prueba concluyente de la existencia de la «raza pre-ainu». Según Heinrich, el actual pueblo ainu es «afable y pacífico», pero en tiempos antiguos fue uno de los enemigos más implacables de los japoneses, no careciendo de brutales tradiciones. Igualmente, añade Heinrich, los meticulosos cronistas de este país «han sido cuidadosos evitando registrar cualquier costumbre o acontecimiento que pudiese desacreditar a su propia raza, dejando sin mencionar la introducción de varios castigos y costumbres crueles» (Siebold, 1879b:14; t.d.a.). Por todo ello, concluía que los concheros y los artefactos asociados a éstos no sólo evidenciaban la existencia de una cultura de la Edad de Piedra, sino que también mostraban que los antepasados de los ainu habían sido sus creadores, asegurando finalmente que los montículos no tenían más de 1.500 ó 2.000 años de antigüedad.

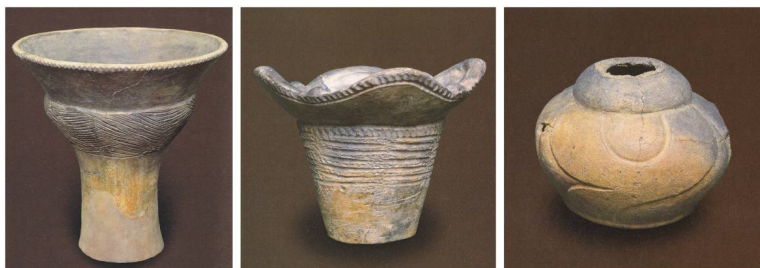
3.3. El paradigma de la sustitución racial.

Mientras que Morse y Siebold discrepaban con respecto a la identidad de la «raza» a la que atribuían los restos de la Edad de Piedra, ninguno de ellos dudó de que los concheros y los artefactos aparecidos en su interior no pertenecían a los actuales pobladores, la «nación japonesa». Esta separación a priori entre los «japoneses» y los elementos materiales asociados a la cultura de la Edad de Piedra estaba basada, en primer lugar, en una cognición histórica muy popular en la sociedad occidental en la segunda mitad del s. XIX, esto es, la idea de que la historia de la humanidad podía ser comprendida a partir de la conquista y sustitución de las «razas inferiores» por las «razas superiores» -la supervivencia de los más aptos-, un esquema estrechamente relacionado con el darwinismo social. Además, esta corriente de pensamiento se difundió en Japón desde una época relativamente temprana; por ejemplo, algunas obras de Herbert Spencer (1820-1903) fueron traducidas al japonés ya en la

segunda mitad de la década de 1870, y personajes de primera línea de la escena política japonesa como Katô Hiroyuki (1836-1916) y Hozumi Nobushige (1856-1926) tuvieron un rol activo en la divulgación del pensamiento de Spencer en la sociedad japonesa del período Meiji.

Al mismo tiempo, las primeras crónicas compiladas en el seno de la corte imperial durante los siglos VII y VIII -el Kojiki o «Crónica de los Hechos Antiguos», presentada en la corte en el año 712, y el Nihonshoki o «Crónica de Japón», presentada 8 años después- también desempeñaron un papel fundamental. Según la interpretación más habitual de estas crónicas, los antepasados de los «japoneses», tras asentarse primero en la parte occidental del archipiélago, fueron conquistado o expulsando a las diferentes «tribus» que encontraron en la parte oriental -los denominados emishi- mientras se consolidaba el poder del linaje imperial. Aunque en la actualidad se considera que gran parte del contenido de estas crónicas es de carácter puramente mitológico, a los ojos de muchos de los occidentales que visitaron el país en el siglo XIX, las narraciones contenidas en el Kojiki y el Nihonshoki reflejaban de modo más o menos fidedigno la antigua historia de Japón. Morse y Siebold, que no eran historiadores profesionales, no disponían de los conocimientos suficientes como para poder leer -y someter a un examen crítico- estos textos, pero la confianza y la alta valoración otorgada por ellos a la civilización japonesa determinó en buen grado la aceptación de estos relatos como «realidades históricas» (Sakano, 2005:83).

Figura 1 - Cerámicas aparecidas en el conchero de Ômori (fuente: Shinagawakuritsu



Shinagawa Rekishikan 2007). En la actualidad se les atribuye una antigüedad de 4.000-2.500 años.

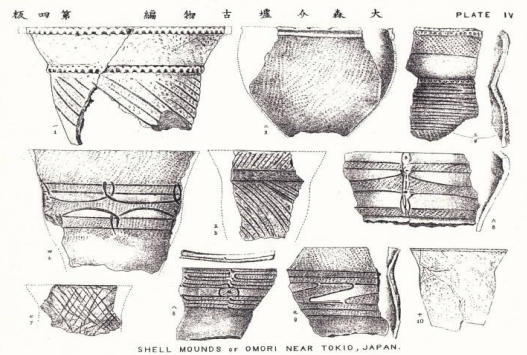


Figura 2 - Portada de la versión japonesa del informe de Morse y lámina interior mostrando los dibujos a escala de algunas cerámicas.

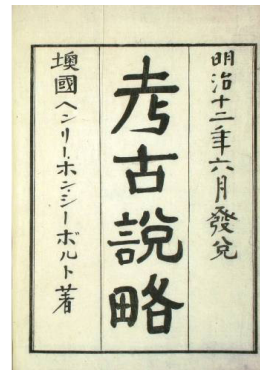
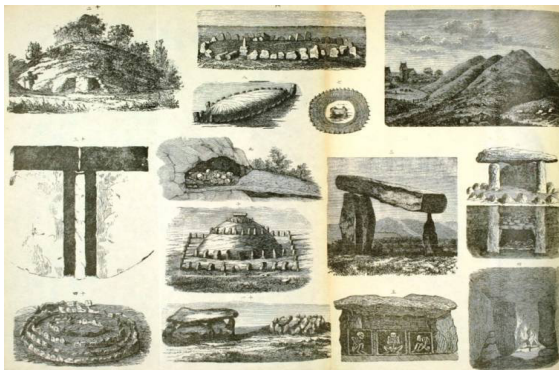


Figura 3 - Portada de Kôko-setsuryaku y lámina interior mostrando construcciones megalíticas y estructuras funerarias características de Europa.

Esta secuencia de acontecimientos tendría profundas consecuencias para la interpretación de los yacimientos y artefactos arqueológicos, pues el descubrimiento de vestigios de la «Edad de Piedra» -un período vinculado a los estadios evolutivos de salvajismo y barbarie- en Japón condujo de un modo mecánico a la desvinculación de los «japoneses» de este conjunto de restos materiales. En el subsiguiente modelo explicativo, los «japoneses» fueron considerados un pueblo cuyos antepasados, procedentes de uno o varios puntos del continente, habían penetrado en el archipiélago con un nivel cultural definible como «civilizado» -metalurgia, agricultura, escritura, etc.-, expulsando hacia el norte a los grupos de primitivos indígenas, cuyos últimos representantes, los ainu, encontraron refugio en la isla de Hokkaidô y otros territorios septentrionales. Esta forma

de pensamiento se convirtió en la base de la investigación arqueológica y antropológica hasta la década de 1920, habiendo sido calificada por la historiografía reciente como el «paradigma de la sustitución racial» (Sakano, 2005:76-84).

3.4. Bälz y la formación de la nación japonesa.

Como el lector observará, Morse y Siebold discrepaban con respecto a la identidad de los primitivos pobladores del archipiélago, pero ninguno de los dos llegó a esbozar una hipótesis concreta sobre los orígenes de los «japoneses». Sin embargo, justo en la misma época, el médico alemán Erwin von Bälz propone el primer modelo explicativo sobre la formación de la nación japonesa desarrollado a partir de criterios antropológicos modernos.

Nacido en 1849 en la ciudad de Bietigheim-Bissingen, en el sur de Alemania, Bälz estudió medicina en la Universidad de Tübingen, una de las más antiguas del país. Tras licenciarse a la edad de 23 años, entró a trabajar en el departamento médico de la Universidad de Leipzig. Aquí trató como paciente en 1875 a un miembro de la comitiva del príncipe Kitashirakawa Yoshihisa (1847-1895), que en aquel entonces estaba recibiendo entrenamiento militar en el país teutón; este fue probablemente su primer contacto con Japón. Ese mismo año, Bälz fue contratado por el gobierno japonés para enseñar medicina en el Colegio Médico de Tôkyô, institución que al año siguiente se convertiría en la facultad de medicina de la Universidad de Tôkyô. Al igual que Morse, su contrato inicial era de dos años de duración, pero sería renovado periódicamente, prolongando su estancia en el país asiático durante más de dos décadas.

Como antropólogo, el pensamiento de Bälz respecto al proceso de formación de la nación japonesa está recogido en su monografía *Die Körperlichen Eigenschaften der Japaner* ([Las características físicas de los japoneses]), publicada en el boletín de la Sociedad Alemana de Estudios Orientales en la primera mitad de la década de 1880. Según Bälz, entre los habitantes de Japón en el siglo XIX, podían reconocerse tres tipos físicos básicos: el tipo ainu, el tipo fino o grácil («feiner typus») y el tipo tosco o rudo («niederer typus»). A estos dos últimos los denominó respectivamente «tipo Chôshû» y «tipo Satsuma», en referencia a dos de

los clanes que habían jugado un papel más relevante apoyando el emperador Meiji durante la Restauración⁵.

Según el alemán, los ainu, por aquel entonces sometidos a un proceso de asimilación cultural tras la incorporación formal de Hokkaidō al territorio japonés (aunque la presencia de clanes japoneses en el sur de la isla se remontaba al menos al siglo XV), debían ser considerados los primeros pobladores de Japón; sin embargo, no formaban parte sensu stricto de la nación japonesa, habiendo sido expulsados hacia el norte por dos tipos pertenecientes a la raza mongoloide llegados en una época posterior. Entre éstos, el tipo fino o grácil era especialmente visible entre los miembros de las familias aristocráticas, y estaba caracterizado por una compleción física refinada, cráneos dolicocefalos (es decir, de sección alargada), rostros ovalados, ojos rasgados y bocas finas; este tipo, semejante a las clases superiores de Corea y China, había penetrado en el sur del archipiélago a través de la península coreana, extendiéndose posteriormente por todas las islas. Mientras, en el tipo tosco o rudo eran notables una constitución fornida de estatura reducida, cráneos braquicefalos (cortos y anchos), caras amplias, pómulos muy marcados, prognatismo (mandíbulas salientes), narices bajas y bocas grandes. Según Bälz, estas características eran comunes entre el pueblo llano de Japón, siendo cercanas a los atributos de las poblaciones malayas del sudeste asiático. En cualquier caso, estos dos tipos no habían permanecido mutuamente excluidos, sino que el mestizaje entre ambos había dado lugar a tipos intermedios que reflejaban características de los dos. En otras palabras, la nación japonesa no era racialmente homogénea.

La teoría de Bälz habría de ejercer luego una poderosa influencia, tanto en Japón como en Occidente, aunque, en realidad, la idea de que los japoneses no constituían un grupo humano uniforme no era original y exclusiva del médico alemán. De hecho, esta era una percepción compartida por muchos de los occidentales que visitaron Japón en el siglo XIX. Por ejemplo, en *La vuelta al mundo en 80 días (1873)* de Julio Verne -que tiene como base los diarios escritos por viajeros, embajadores y aventureros europeos- ya se menciona la diversidad de las caras de los japoneses, «teint coloré depuis les ombres nuances du cuivre jusqu'au blanc mat, mais jamais jaune comme celui des Chinois, dont les Japonais différent essentiellement» (Verne, 1890:204). Independientemente de la

⁵ Chōshū, también Nagato, es el nombre de uno de los antiguos «países» o regiones de Japón, que en la actualidad se corresponde con la parte noroeste de la prefectura de Yamaguchi (Honshū). Mientras, Satsuma se corresponde con la parte occidental de la actual prefectura de Kagoshima (Kyūshū).

variabilidad genética y antropométrica de la actual población del archipiélago japonés -que constituye un fenómeno ciertamente incuestionable-, como señala Oguma, también es muy probable que las diferencias de clase en el seno de la sociedad japonesa fuesen interpretadas de un modo natural como diferencias raciales (Oguma, 1995:23), un razonamiento que tampoco resulta ajeno a los esquemas planteados desde posiciones darwinistas.

4. La primera generación de arqueólogos y antropólogos japoneses.

4.1. La consolidación de la arqueología y la antropología.

Tras finalizar su contrato con la Universidad de Tōkyō, Morse regresó a los Estados Unidos de América en septiembre de 1879. Allí compaginaría su profesión como biólogo con una nueva faceta como japonólogo, llegando a reunir una vasta colección de cerámica japonesa compuesta por más de 5.000 piezas -que se conserva en la actualidad en el Museo de Bellas Artes de Boston- y redactando algunas obras que continúan siendo punto de referencia en los estudios sobre cultura japonesa (Morse, 1961). Sin embargo, con la excepción de algún breve artículo, en lo sucesivo no volvería a profundizar en el campo de las teorías etnogenéticas. Por su parte, Heinrich residió en Japón hasta 1896, año en el que regresaría a Europa. Durante este tiempo, fue obteniendo gradualmente puestos diplomáticos de mayor peso (Legations-Sekretär en 1880, Konsulats-Sekretär en 1883, etc.), aunque no parece que profundizase en sus estudios sobre antropología y arqueología.

En julio de 1879, Sasaki Chūjirō (1857-1938), un estudiante de biología y discípulo de Morse que había participado en la excavación de Ōmori, descubrió un montículo de conchas en Okadaira (prefectura de Ibaraki), al norte de Tōkyō. Poco después llevaría a cabo, junto a otro alumno llamado Iijima Isao (1861-1921), la excavación del conchero, que se convirtió así en el primer estudio arqueológico moderno realizado por japoneses. Más allá, en 1880 publicaron un informe en japonés analizando los restos y artefactos aparecidos (Sasaki e Iijima, 1880), al que seguiría luego una versión en inglés, titulada *Okadaira Shell Mound at Hitachi* (Iijima y Sasaki, 1883). Como se deduce por el propio título, Sasaki e Iijima usaron como modelo el propio informe de Morse, pero, aunque se trata de la primera monografía de este estilo redactada exclusivamente por japoneses, su valoración histórica en tiempos recientes no es necesariamente positiva.

Por ejemplo, Kondô y Sahara señalan que es el texto es una simple copia de la obra del estadounidense, y que las ilustraciones de los artefactos son estampas pseudo-realistas y no láminas a escala como las confeccionadas por Morse (Kondô y Sahara, 1983:211). En cualquier caso, la excavación de Okadaira no tuvo continuidad en el tiempo, y ninguno de los estudiantes de Morse decidió ahondar tras su marcha en los campos de la arqueología y la antropología. El propio Sasaki se centraría luego en sus estudios de biología, siendo recordado en la actualidad como el fundador de la entomología moderna en Japón, mientras que Iijima se consagró a la ictiología. Por ello, se ha afirmado que «la semilla de la arqueología moderna plantada por Morse no llegó luego a germinar adecuadamente» (Teshigawara, 1995:42; t.d.a.). Sin embargo, en opinión del autor, esta interpretación no resulta necesariamente correcta.

En octubre de 1884, un grupo de jóvenes decide fundar una asociación dedicada al estudio antropológico y arqueológico. Lo que en principio no parecía ser más que un círculo estudiantil de carácter informal, daría origen oficialmente en junio de 1886 a la Sociedad Antropológica de Tôkyô (Tôkyô Jinrui Gakkai), cuyo primer presidente fue el barón Kanda Takahira (1830-1898) (Saitô, 1984:133). De una decena de miembros iniciales se pasó en un año a más de dos centenares, distribuidos por todo el país, mientras que un boletín mensual difundía toda clase de noticias, hallazgos y conocimientos relacionados con la antropología y la arqueología. Entre los miembros iniciales de la sociedad, el que tuvo un papel más destacado fue Tsuboi Shôgorô, en aquella época un estudiante de la facultad de ciencias, y que, a la postre, se convertiría en el alma mater de la antropología japonesa hasta su fallecimiento. Tras licenciarse, Tsuboi estudió en Francia y Gran Bretaña (1889-1892), y a su vuelta a Japón fue nombrado profesor de antropología en la Universidad de Tôkyô (renombrada Universidad Imperial en 1886 y Universidad Imperial de Tôkyô en 1897), en donde estableció los cursos de antropología en 1892. Además, también tuvo un papel clave en la fundación de la Sociedad Arqueológica de Japón en 1895. De este modo, la figura de Tsuboi representa en estos campos académicos el segundo mecanismo empleado en la modernización de Japón -siendo el primero los expertos extranjeros-, esto es, los estudiantes japoneses enviados a ultramar para aprender y adquirir los conocimientos más avanzados disponibles en Occidente.

Hay que reseñar que, aunque Tsuboi llegó a asistir a las clases del célebre antropólogo británico Edward Tylor (1832-1917), se dice que durante su estancia en Inglaterra pasó la mayor parte del tiempo estudiando de forma

autodidacta y visitando museos y bibliotecas, sin que ningún profesor o tutor supervisase su instrucción (Terada, 1975:72). Asimismo, a pesar de conocer la lengua inglesa en profundidad y tener una producción científica compuesta por más de mil artículos, ensayos y manuales, la práctica totalidad de sus textos fueron escritos en japonés (Jinruigaku Zasshi, 1913). Este distanciamiento hacia el mundo académico de Occidente parece estar motivado por un sentimiento nacionalista que, al tiempo que reconocía la superioridad técnica y científica de los países occidentales, clamaba por la necesidad de establecer una ciencia nacional autónoma e independiente, en donde los japoneses no fuesen objeto de estudio por parte de los investigadores extranjeros.

4.2. Los habitantes de la Edad de Piedra en Japón.

Al evaluar la influencia que investigadores occidentales como Morse, Siebold y Bälz ejercieron sobre la primera generación de antropólogos y arqueólogos japoneses, algunos autores, como el citado Teshigawara, tienden a enfatizar la discontinuidad entre estos dos elementos. Es cierto que ninguno de los fundadores de la Sociedad Antropológica de Tôkyô fue alumno de Morse o Bälz, aspecto que ya el propio Tsuboi subrayaría en sus años de madurez (Tsuboi, 1904:7); y tampoco Siebold tuvo un papel directo en el nacimiento de los primeros organismos y sociedades académicas dedicados al estudio de la antropología y la arqueología en Japón.

Sin embargo, cuando se analiza la historia de las teorías etnogenéticas y los paradigmas sobre los que se sustentaban, parece necesario prestar más atención a la transmisión y aceptación de ideas y modelos, antes que a los posibles antagonismos y rivalidades personales en el plano institucional. De hecho, la actividad de estos occidentales representó no sólo la introducción de dos disciplinas académicas inexistentes hasta entonces en las tradiciones eruditas locales, sino también la transmisión de teorías y corrientes de pensamiento, como el darwinismo social, que lograron una difusión inmediata en un Japón avasallado todavía por la superioridad técnica y científica de Occidente. De esta forma, las investigaciones de la primera generación de antropólogos y arqueólogos nipones darían comienzo bajo el innegable ascendiente del pensamiento occidental, y ello supondría la aceptación, implícita o explícita, de los dos paradigmas que habían distinguido las teorías de Morse, Siebold y Bälz, esto es, el paradigma de la sustitución racial y el paradigma del origen multirracial de la nación japonesa.

Por cierto, cuando se analiza minuciosamente el contenido del boletín de la Sociedad Antropológica de Tôkyô a lo largo de las décadas de 1880 y 1890, percibimos la ausencia sistemática y continuada de tesis, artículos y textos referentes al proceso de formación de la nación japonesa. Como este propio autor ha expuesto recientemente (Abad, 2013), dentro del ambiente nacionalista que empieza a acentuarse desde fines de la década de 1880, la práctica totalidad de los miembros de la primera generación de antropólogos y arqueólogos modernos en Japón, aunque indudablemente debieron sentir una curiosidad académica por sus propios orígenes, no se mostraron demasiado favorables a deliberar de forma pública sobre la procedencia de los japoneses. Ello se debe a que esta discusión conducía, directa o indirectamente, hacia otra cuestión mucho más delicada: la procedencia del linaje imperial. Por ello, la atención de los investigadores nipones habría de «desviarse», consciente o inconscientemente, hacia un tema que, en principio, no guardaba ninguna relación con la «genealogía» de la nación japonesa, es decir, la identidad de los habitantes del archipiélago durante la Edad de Piedra.

Las dos figuras más relevantes en el debate que dio comienzo a continuación fueron el ya citado Tsuboi y Koganei Yoshikiyo (1859-1944). A diferencia de Tsuboi, Koganei procedía de la facultad de medicina de la Universidad de Tôkyô, en donde se convirtió en profesor tras estudiar anatomía e histología en Alemania entre 1880 y 1885. En esta polémica, Tsuboi formuló la teoría korobokkuru⁶, según la cual un pueblo de pigmeos, racialmente vinculado con los pueblos indígenas que habitaban las regiones circumpolares -esto es, esquimales- fueron los primeros pobladores del archipiélago japonés y los creadores de la cultura de la Edad de Piedra. Según Tsuboi, dado que no había constancia histórica de que los ainu fabricasen útiles de piedra o cerámica -elementos que aparecían indefectiblemente en los concheros asociados a esta cultura-, y tampoco vivían en las llamadas «viviendas-foso» (tateana-jûkyo) -esto es, viviendas con una planta excavada por debajo del nivel del suelo exterior y cuyos restos se encontraban en abundancia por todo el archipiélago-, era necesario considerar la existencia de otro pueblo, que habría ocupado las islas antes de que los ainu se instalasen en Japón.

Esta conclusión parecía verse reforzada a través del análisis de los dogû, figurillas antropomorfas de arcilla halladas con frecuencia en el Japón Oriental, y que según él, reflejaban características culturales y antropofísicas inexistentes entre los ainu, como la ausencia de vello facial.

⁶ También *koropokkuru*. Palabra de origen ainu, que significa «persona bajo la hoja del fuki» (*Petasites japonicus*).

Frente a esta teoría, Koganei, basándose en el análisis métrico de los restos óseos de los ainu -obtenidos en muchos casos a través del saqueo de cementerios y tumbas en Hokkaidô-, propuso que los antepasados de este pueblo eran los autores materiales de la cultura de la Edad de Piedra. De esta forma, Tsuboi y Koganei «heredaron» las teorías propuestas respectivamente por Morse y Siebold.

Desde la segunda mitad de la década de 1880, el número de restos arqueológicos conocidos en Japón experimentó un incremento considerable; por ejemplo, en *Nihon Kôkogaku* ([Arqueología de Japón]), el primer compendio sobre Prehistoria y Protohistoria escrito en japonés y publicado a fines de la década de 1890, se enumeran 2.283 yacimientos de la Edad de Piedra (Yagi, 1899a:46). Sin embargo, este incremento no supondría ninguna alteración sustancial de las posiciones de Tsuboi y Koganei; al contrario, los dos se obstinarían en defender sus hipótesis ciegamente, insistiendo en que la cultura de la Edad de Piedra en ningún caso guardaba relación alguna con los «japoneses». Por este motivo, desde ciertas posiciones historiográficas modernas se ha llegado a afirmar que la polémica sobre los habitantes de la Edad de Piedra en el período Meiji no fue más que debate en el que se enfrentaron superficialmente «dos teorías vacías con pobres fundamentos científicos» (Teshigawara, 1995:5; t.d.a.).

Aunque es cierto que, desde una perspectiva actual, los escritos de Tsuboi y Koganei producen cierta sensación de «ingenuidad», y su empeñamiento en defender sus posiciones respectivas a lo largo de más de dos décadas puede resultar inexplicable, para comprender el desarrollo de esta polémica también es necesario tener en cuenta las circunstancias sociales que rodeaban a la arqueología y la antropología japonesas en este período. Por ejemplo, como Saitô Tadashii indica, muchos de los textos de Tsuboi fueron publicados, no en los boletines de las diferentes asociaciones científicas relacionadas con estas disciplinas, sino en revistas y semanarios dirigidos al público general (Saitô, 1974:131). Por ello, existe la posibilidad de que Tsuboi y Koganei prolongasen consciente y voluntariamente esta polémica de un modo artificial, con el objetivo primario de difundir y divulgar la propia existencia de estas disciplinas en la sociedad japonesa, en una época en la que los términos «antropología» y «arqueología» no habían rebasado aún los límites del neologismo.

4.3. La arqueología del período Kofun y la imagen de los «japoneses».

A fines del siglo XIX, Yagi Shôzaburô, discípulo de Tsuboi y uno de los miembros más activos del departamento de antropología de la Universidad de Tôkyô, publica *Nihon Kôkogaku* ([Arqueología de Japón]), el primer compendio escrito en japonés sobre las primeras culturas del archipiélago. Dividida en dos volúmenes, la estructura de la obra refleja de un modo palpable el desarrollo seguido por la arqueología japonesa hasta ese momento, tanto desde un punto de vista teórico como desde una perspectiva institucional y organizativa.

El primer volumen está dedicado a la cultura de la Edad de Piedra, a la que Yagi equiparó con la Prehistoria (en japonés, *senshi* o *senshi-jidai*). De esta forma, los portadores de esta cultura eran «proyectados» hacia un tiempo que precedía a la aparición del documento escrito. Los primeros habitantes de las islas fueron definidos así no sólo por una «tosca»



Figura 4. Koganei Yoshikiyo (fila posterior izquierda), Tsuboi Shôgorô (fila posterior derecha) y Torii Ryûzô (fila delantera derecha) junto a dos miembros de la etnia ainu de las islas Kuriles (fuente: Tokushima Kenritsu)



Figura 5. Miembros de la etnia ainu de Sajalín con sus vestimentas tradicionales hacia 1912 (fuente: Tokushima Kenritsu Hakubutsukan ed. 1993).

Tecnología o una «primitiva» organización social, sino también por su posición al margen del registro histórico. Sin embargo, independientemente de esta interpretación, el texto sintetizaba magistralmente los resultados de los estudios sobre la Edad de Piedra en Japón, que se habían iniciado dos décadas antes con la excavación del conchero de Ômori por Morse.

Pero mientras que las investigaciones sobre esta cultura habían disfrutado de una relativa libertad de acción y debate, los estudios sobre el otro gran conjunto arqueológico conocido en esta época -el formado por las tumbas de colosales dimensiones denominadas kofun (literalmente, «tumba» o «túmulo antiguo»), construidas según la cronología actual entre los siglos III y VII d.C.- se vieron limitados desde el principio por el nuevo contexto ideológico y legislativo surgido a raíz de la Restauración Meiji. Ello se debe a que, mientras los yacimientos y artefactos materiales pertenecientes a la cultura de la Edad de Piedra fueron atribuidos desde la década 1870 a una «raza de primitivos salvajes» desvinculados por completo de la «nación japonesa», muchos de los kofun ya habían sido asociados durante el período Edo (1603-1868) a miembros -bien históricos, bien míticos- del linaje imperial, y el nuevo gobierno no sólo

confirmó esta asociación, sino que, con el pretexto de continuar la labor de «identificación» de los «mausoleos imperiales» (tennô-ryô o go-ryô), promulgó en 1874 una ley que prohibía la excavación de los kofun. Más allá, aunque el propio trabajo de identificación finalizó una década después, la prohibición de investigar en aquellas tumbas reconocidas oficialmente como mausoleos imperiales no fue finalmente levantada, una restricción que se ha prolongado finalmente hasta nuestros días (Tsude, 1986).

De este modo, a diferencia de los estudios sobre la cultura de la Edad de Piedra, en donde la identidad de sus creadores se convirtió en el leitmotiv de un debate antropológico y arqueológico libre y autónomo, los kofun se encontraban asociados al linaje imperial incluso antes de que estas disciplinas hubiesen formalizado su existencia en el nuevo marco académico y científico japonés, y ello determinó de un modo insalvable la forma en la que los investigadores nipones podían acercarse a este período y su cultura. Dicho con otras palabras, los estudios referentes al período de los kofun, así como las conclusiones obtenidas por los investigadores nipones, no podían entrar en contradicción con el contenido de las antiguas crónicas imperiales -el Kojiki y el Nihonshoki-, que se habían convertido en una de las bases ideológicas del Estado Meiji. Así, por ejemplo, como se observa en el segundo volumen de Arqueología de Japón, la cronología atribuida a los kofun, así como su evolución y clasificación temporal, debían estar en consonancia con la cronología oficial, según la cual el primer emperador -Jinmu Tennô- había sido entronizado en el año 660 a.C.

Además, el estudio del período Kofun no implicaba analizar los orígenes de estas estructuras funerarias, porque ello también hubiese supuesto indagar sobre los orígenes de los «japoneses» y del linaje imperial, un tema que, como se ha explicado en los epígrafes anteriores, no podía ser afrontado públicamente. Por ello, los «japoneses» fueron definidos inicialmente a través de una imagen estática e inmutable, con una serie de características presentes ya desde el principio de los tiempos. Por ejemplo, en Arqueología de Japón Yagi enumeraba los siguientes atributos como rasgos propios de los japoneses desde sus mismos orígenes: pulcritud (keppeki), celeridad o presteza (binshô), inconstancia (akiyasuki), veneración a los antepasados (suitô) y espíritu militar (shôbu). Según Yagi, estos atributos permitían explicar fenómenos acaecidos en diferentes épocas, como la aceptación del confucianismo y del budismo hace más de mil años, o la adopción de sistemas, costumbres y tecnología occidentales en el siglo XIX.

5. Continuidad y discontinuidad.

5.1. Torii Ryûzô y los «japoneses propios».

Tras el cambio de siglo, y muy especialmente desde la década de 1910, investigadores japoneses comienzan a plantear algunas teorías e hipótesis que implicarían una modificación sustancial de los paradigmas antropológicos y arqueológicos vigentes hasta entonces. Como veremos a continuación, este cambio está profundamente relacionado con la nueva posición que adquiere Japón en el escenario internacional, especialmente tras su victoria ante la Rusia zarista en el conflicto de 1904-1905 (la primera victoria de una nación no caucásica sobre una potencia occidental).

En este sentido, el primer investigador que debe ser necesariamente mencionado es Torii Ryûzô (1870-1953). Hijo de un próspero comerciante de Tokushima, en el sur de Japón, Torii no llegó a completar los estudios básicos durante su infancia, debido a su carácter inquieto e inconformista, pero siendo todavía un niño desarrolló un fuerte interés hacia la antropología y la arqueología, convirtiéndose en miembro de la Sociedad Antropológica de Tôkyô a la edad de 16 años. A partir de este momento entablaría una cordial amistad con Tsuboi Shôgorô, quien lo nombró en 1893 responsable de los especímenes y artefactos depositados (hyôhon-seiri-kakari) en el Departamento de Antropología de la Universidad de Tôkyô.

Aunque oficialmente era parte del personal de la Universidad, Torii inició entonces, bajo la tutela de Tsuboi, una intensa actividad de campo como investigador, no sólo en Japón, sino también a lo largo y ancho de todo el Asia Oriental: península de Liáodông (1895), Taiwan (1896, 1897, 1898, 1900), islas Kuriles -Chishima según su nombre japonés- (1899), sudoeste de China (incluyendo las actuales provincias de Guizhōu, Yúnnán y Sichuān) (1902-1903), Manchuria (1905, 1909), Mongolia (1906-1907, 1907-1908), península de Corea (1910, 1911, 1912, 1913, 1914, 1915, 1916), Siberia (1918), etc. Estas investigaciones, que constituyen directa o indirectamente un reflejo de la expansión de Japón como nueva potencia imperial, supusieron en muchos casos la realización por primera vez de estudios de carácter antropológico, arqueológico y etnológico en estas áreas⁷. Por ejemplo, Torii fue el primer investigador que confirmó la presencia de estructuras dolménicas en el Asia Oriental, así como el autor

⁷ Para un análisis global de la obra de campo de Torii, ver Tokushima Kenritsu Habutsukan (ed.) 1993.

de los primeros estudios antropológicos sobre las poblaciones indígenas de Taiwan. Asimismo, fue un pionero en el uso de la cámara fotográfica como método de documentación, y también debe mencionarse que, a diferencia de Tsuboi, Torii escribió un gran número de obras en francés (Torii, 1910, 1912, 1914, etc.), lo que muestra su preocupación por difundir los resultados de sus investigaciones en el mundo científico occidental.

En cualquier caso, el gran tema que enlaza e interconecta las exploraciones de Torii en zonas tan diferentes como las islas Kuriles y el Sudoeste de China fue, sin duda alguna, los orígenes de los japoneses y la cultura japonesa, sobre el cual empezaría a plantear sus hipótesis hacia mediados de la década de 1910. Así, en *Yûshi Izen No Nihon* ([El Japón Prehistórico]) -publicada por primera vez en 1918, y que se convertiría en un best seller alcanzando en poco tiempo más de cinco reediciones-, Torii afirmaba que la nación japonesa moderna era resultado de la fusión de diversos elementos o componentes raciales procedentes del continente, entre los cuales los denominados por él «japoneses propios» (*koyû-nihonjin*) habían desempeñado un papel principal (Torii, 1918). Según Torii, este grupo, procedente del noreste de Asia, penetró en el archipiélago japonés a través de la península de Corea durante tiempos prehistóricos, asimilando o arrinconando hacia las regiones septentrionales a los antepasados de los ainu -quienes serían los primeros habitantes de las islas-. De este modo, según Torii, en Japón habían coexistido, no necesariamente de un modo pacífico, dos culturas de la Edad de Piedra, una caracterizada por la cerámica con «impresiones de cuerda» (*jômon*), como la aparecida en el conchero de Ômori, y otra caracterizada por la cerámica *yayoi* y por útiles líticos que mostraban analogías con artefactos hallados por Torii en la península de Corea y Manchuria. Las vasijas de cerámica *yayoi*, distinguidas por sus tonos rojizos, paredes finas y formas esféricas, habían sido descubiertas por primera vez en el yacimiento de Mukôgaoka en Tôkyô en 1884, aunque su emplazamiento en el esquema global de la Prehistoria japonesa fue objeto de debate a lo largo de las siguientes décadas.

Este modelo planteado por Torii introducía aspectos completamente novedosos. En primer lugar, reconocía la existencia de una nueva entidad arqueológica, la cultura *Yayoi*, lo cual significaba la superación del esquema dual formado por la «Edad de Piedra» y la «Edad de los *kofun*», que había sido propuesto en el siglo anterior. Y a través de este nuevo concepto arqueológico, Torii mantuvo que la presencia de los japoneses -o al menos su núcleo central- en el archipiélago se remontaba a un período que precedía a la aparición de la escritura y del registro histórico, es decir, la Prehistoria. Así, el vínculo entre los japoneses y el archipiélago

era proyectado hacia un lejano pasado, desvinculando también la fabricación y el uso de primitivos útiles líticos de la percepción negativa que había imperado durante el período Meiji. Sin embargo, al mismo tiempo, no puede olvidarse que Torii aceptaba como válidos algunos de los principios básicos que habían definido el pensamiento antropológico y arqueológico en Japón hasta entonces, al afirmar que los ainu eran los descendientes de la población aborigen del archipiélago, y que habían sido «sustituidos» por los antepasados de los japoneses. También es cierto que Torii fue incapaz de plantear una visión completamente desvinculada de las crónicas tradicionales, equiparando a los «japoneses propios» con ciertos grupos descritos en los relatos imperiales, como los kunitsukami o «dioses de la tierra». Por ello, no puedo decirse que su empleo del término «Prehistórico» fuese muy riguroso, y, por ejemplo, ya en la segunda mitad del siglo XX, autores como Tozawa Mitsunori (1963:64) han criticado su teoría, afirmando que sirvió para reforzar el modelo impuesto por el Estado japonés en la enseñanza de la historia de Japón, en donde el linaje imperial se consideraba el eje del relato.

5.2. El cambio de paradigma.

Durante la segunda mitad de la década de 1910, se inicia en Japón un profundo proceso de reorganización de la arqueología y la antropología, que daría como resultado la difusión de nuevos métodos de investigación, una profesionalización gradual de estas disciplinas, y su separación definitiva como dos ámbitos académicos de naturaleza y objetivos diferentes. Esta serie de cambios, que también están relacionados con la evolución de la arqueología y la antropología en Occidente, especialmente desde el punto de vista metodológico, habría de alumbrar una visión propia y particular del mundo prehistórico en Japón, y también una nueva concepción del vínculo entre los japoneses y el archipiélago.

El investigador que ocupó una posición central, especialmente en los inicios de este proceso, fue Hamada Kôzaku (1881-1938). Después de licenciarse en la facultad de letras de la Universidad de Tôkyô, con una tesis sobre la difusión del arte griego en Oriente, Hamada empezó a trabajar en 1909 como profesor en la Universidad de Kyôto, siendo responsable de los cursos de historia del arte y arqueología (Saitô, 1984:467-468). En 1913 se trasladaría temporalmente a Inglaterra, en donde profundizó sus conocimientos en el ámbito de la arqueología, teniendo como tutor al célebre Flinders Petrie (1853-1942), uno de los fundadores de la egiptología moderna y precursor en el empleo de métodos y técnicas como la estratigrafía, la tipología y la seriación.

En marzo de 1916, Hamada regresó a Japón, estableciendo pocos meses después el departamento de arqueología en la Universidad de Kyôto -el primer departamento especializado en esta disciplina en Japón-, iniciando además una actividad de difusión de la nueva metodología que había aprendido en Europa. Así, en 1922 publicó la obra *Tsûron Kôkogaku* [Introducción a la Arqueología], en donde, citando al arqueólogo británico D. G. Hogarth (1862-1927), definió a esta disciplina como el estudio de los restos materiales del pasado humano (Teshigawara, 1994:109). Además, Hamada también tradujo al japonés la obra del arqueólogo sueco Oscar Montelius (1843-1921), conocido por haber sentado las bases de la tipología moderna.

Sin embargo, su actividad no se limitó de ningún modo a la simple difusión teórica de estos principios metodológicos, y ya desde el mismo momento de su regreso a Japón, comenzaría una serie de excavaciones arqueológicas cuyos resultados modificaron radicalmente la percepción y la interpretación de los restos materiales descubiertos en las islas. Así, a raíz de la excavación del conchero de Kô en Ôsaka (1917), Hamada planteó que, con excepción de la cerámica aparecida en el noreste de Japón -que atribuyó a los ainu- las cerámicas jômon y yayoi descubiertas en el archipiélago no habían sido elaboradas en la misma época por «razas» diferentes -como afirmaba Torii Ryûzô-, sino por el mismo grupo humano en diferentes períodos, es decir, que las diferencias visibles entre estas cerámicas debían ser explicadas aludiendo a una evolución de las técnicas de elaboración y estilos de alfarería a lo largo del tiempo, siendo la cerámica jômon más antigua, y la yayoi más reciente. Este grupo, denominado por Hamada «proto-japoneses» (gen-nihonjin), constituía el principal «stock» de donde procedían los japoneses modernos (Hamada, 1918). Además, con el objetivo de enfatizar la continuidad entre las culturas jômon y yayoi, propuso un concepto propio de «cultura primitiva», insistiendo en que estos conjuntos materiales podían ser considerados diferentes «facies» dentro de la etapa más antigua de la cultura japonesa (Hamada 1930).

El planteamiento de Hamada fue desarrollado desde el punto de vista antropológico en la década de 1920 por Kiyono Kenji (1885-1955), un profesor de la Universidad de Kyôto, quien, partiendo de la crítica al paradigma de la sustitución racial, y a través del análisis estadístico de los restos óseos descubiertos en Tsukumo (Okayama) y otros yacimientos, proclamó que los primitivos habitantes del archipiélago ocupaban una posición equidistante respecto a los japoneses modernos y a los ainu, esto es, que los primeros habitantes de Japón debían ser considerados

los antepasados tanto de unos como de los otros (Kiyono, 1928). Si los japoneses y los ainu tenían características antropofísicas diferentes en la actualidad, ello se debía, según Kiyono, a que se había producido un proceso de fusión a gran escala entre esta población primigenia y varios elementos del continente asiático, que dio lugar finalmente a estos grupos. Es decir, el mestizaje entre la población aborigen y elementos de origen externo era el mecanismo que explicaba las características de la nación japonesa moderna.

Por último, la idea de que los ainu eran los primeros habitantes de Japón y habían sido sustituidos posteriormente por los japoneses sería finalmente desterrada con el planteamiento de Hasebe Kotondo (1882-1969), antropólogo y profesor en las universidades de Kyôto, Tôhoku y Tôkyô, quien, en la década de 1930, propuso la llamada «teoría de la transformación», (también conocida como teoría de la «micro-evolución»), que habría de llevar el planteamiento de Hamada y Kiyono hasta el siguiente escalafón. Así, Hasebe, especialmente a partir del estudio de los restos óseos aparecidos en el Japón Oriental, postuló que desde el Pleistoceno el archipiélago había sido ocupado por un único grupo humano, y que este mismo grupo se había convertido en la nación japonesa de época moderna, debido a cambios de índole cultural como el paso de una economía depredadora a una economía productora y la transformación de los modos de vida asociados a este cambio. En definitiva, Hasebe rechazaba no sólo la posibilidad de que Japón hubiese sido ocupado originalmente por un elemento diferente a los japoneses, sino que también negaba la idea del mestizaje como mecanismo que hubiese podido alterar la constitución física de aquellos. De esta forma, el vínculo entre Japón y los japoneses se convertía en un nexo atemporal e inalterable.

6. Conclusión.

Como se ha discutido a lo largo de este texto, las diferentes teorías sobre los orígenes de los japoneses -incluyendo las hipótesis sobre las poblaciones indígenas- planteadas entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX reflejan no sólo cómo evolucionaron internamente la antropología y la arqueología en Japón, sino también las propias relaciones que se establecieron entre Japón y Occidente durante este período.

La primera etapa de esta relación, caracterizada por la presencia de personajes como Morse, Siebold y Bälz en la década de 1870, estuvo marcada por la posición subordinada de Japón con respecto a las potencias imperiales, que se traduciría en la tratamiento del país, su cultura, sociedad e historia en un objeto de estudio por parte de los visitantes extranjeros. No podemos olvidar, sin embargo, que estos no constituían en ningún caso elementos individuales o independientes, sino que formaban parte del propio mundo científico de Occidente, como muestran los lazos entre Morse y Darwin, o entre Siebold y Worsaeae.

Esta etapa sería seguida por una fase marcada por la eclosión de un fuerte sentimiento nacionalista, que rechazaba el sometimiento de Japón frente a las potencias de ultramar. Desde el punto de vista de la historia de la ciencia, el debate sobre los habitantes aborígenes de las islas evidencia cómo la primera generación de antropólogos y arqueólogos japoneses superó su dependencia académica y técnica de Occidente, al convertirse ellos mismos en constructores del conocimiento científico con su propio objeto de análisis. Sin embargo, incluso dentro de esta generación, es necesario ser conscientes de las diferencias existentes entre individuos como Tsuboi y Torii. Por ejemplo, el primero, con una vasta producción compuesta por varios miles de artículos, ensayos y obras, se centraría en la consolidación de la antropología y la arqueología dentro de Japón, a través de la difusión en japonés de los resultados de sus investigaciones. Mientras, las obras escritas en francés por Torii jugaron un papel fundamental en la difusión del conocimiento antropológico y arqueológico sobre las culturas y sociedades del Asia Oriental en Occidente a partir de la década de 1910. La figura de Torii muestra la consolidación de Japón como nueva potencia en el panorama internacional no sólo en un sentido político, económico o militar, sino también científico y académico.

Finalmente, el cambio de paradigma propiciado por el modelo de Hamada, que estaba cimentado en la gran renovación metodológica de la arqueología europea en el cambio de siglo, produciría una nueva concepción del vínculo existente entre los japoneses y el archipiélago, proponiendo que la presencia de estos en las islas se remontaba hasta un período extraordinariamente antiguo. Y si bien los modelos de Kiyono y Hasebe diferían con respecto al mecanismo que explicaba la formación de la nación japonesa de tiempos modernos, ambos apoyaban y reforzaban la idea de la continuidad entre la primitiva cultura descubierta en el archipiélago y el Japón de época histórica.

7. Bibliografía.

ABAD, R. (2009). «Torii Ryūzō no kōkogaku sishō no gakushitekikentō - koyū nihonjin setsu wo megutte» [Consideraciones historiográficas sobre el pensamiento arqueológico de Torii Ryūzō - en torno a la teoría de los japoneses propios], *Hokudai Shigaku* 49, pp.78-103.

— (2010). «Notas para una historia de la arqueología en Japón: de las tradiciones premodernas a la década de 1940», en P. San Ginés Aguilar (ed.), *Cruce de miradas relaciones e intercambios* (Colección Española de Investigación sobre Asia Pacífico nº 3), Granada, 2010, pp. 437-453.

— (2011). «Torii Ryūzō no yūshi izen ron to kindai nihon ni okeru kōkogaku shisō no tenkan» [Cambios conceptuales en el pensamiento arqueológico japonés: el papel de Torii Ryūzō y su teoría sobre el Japón Prehistórico], *Torii Ryūzō Kenkyū* 1, pp. 113-127.

— (2013). «La búsqueda de los orígenes en el Japón Moderno – Repensando la conexión entre la idiosincrasia japonesa y el imaginario antropológico», en F. Cid Lucas y A. Gómez Aragón (ed./coord.), *Japón: identidad, identidades* (Monográficos de la revista *Kokoro*), Cáceres, 2013, pp. 1-17.

BÄLZ, E. (1883). «Die Körperlichen Eigenschaften der Japaner», *Mittheilungen der Deutschen Gesellschaft für Natur- und Voelkerkunde Ostasiens* 28, pp. 330-359.

— (1885). «Die Körperlichen Eigenschaften der Japaner», *Mittheilungen der Deutschen Gesellschaft für Natur- und Voelkerkunde Ostasiens* 32, pp. 35-103.

BARNES, G. L. (1990): «The idea of prehistory in Japan», *Antiquity* 64, pp. 929-940.

DÍAZ-ANDREU, M. (2007). *A World History of Nineteenth-Century Archaeology: Nationalism, Colonialism, and the Past*, New York: Oxford University Press.

HALL, J. W. (1973). *El Imperio Japonés* (Historia Universal Siglo XXI Vol. 20), Madrid: Siglo XXI.

HAMADA, K. (1918). «Kawachi Kō sekki jidai iseki hakkutsu hōkoku» [Informe de la excavación del yacimiento de la Edad de Piedra de Kō en Kawachi], *Kyōto teikoku daigaku bunka daigaku kōkogaku kenkyū hōkoku* 1, pp. 1-48.

— (1925). «Kinseki ryō jidai no katoki no kenkyū ni tsuite» [Sobre la investigación del período de transición entre las Edades de Piedra y del Metal]. *Minzoku* 1-1, pp. 1-12.

— (1930). *Tōa Bunmei no Reimei* [El amanecer de la civilización en Asia Oriental]. Tōkyō: Tōkō Shoin.

IJIMA, I. y SASAKI, C. (1883). «Okadaira shell mound at Hitachi», *Memoirs of the Science Department, University of Tokio, Japan* 1 (1 - appendix), pp. 1-7.

ISONO, N. (1987). *Mōsu sono hi sono hi – Aru oyatoi kyōshi to kindai nihon* [Morse día a día – Un profesor contratado y el Japón moderno]. Tōkyō: Yūrindō.

JINRUIGAKU ZASSHI (ed.) (1913). «Ko tsuboi rigaku hakase ronbun mokuroku» [Lista de Ensayos del Fallecido Dr. Tsuboi], *Jinruigaku-zasshi* 28-11 (anexo).

KAST, A. (2004). «Contributions to german-japanese medical relations. Part II. Erwin Bälz: Professor of internal medicine in Tokyo – 1876-1905», *Acta Medico-Historica Adriatica* 2004-2, pp. 171-180.

KREINER, J. (2011). «Mō hitori no shībōruto: nihon kōkogaku · minzoku bunka kigenron no gakushi kara» [Un Siebold más: visto desde la historia de la arqueología japonesa y de las teorías sobre los orígenes de la nación y la cultura japonesa], en J. Kreiner (ed.), *Shō Shībōruto to Nihon no Kōko · Minzokugaku no Reimei* [Heinrich Siebold y los principios de la arqueología y la etnología en Japón], Tōkyō: Dōseisha, pp. 3-29.

KONDŌ, Y. y SAHARA, M. (1983) *Kanren Shiryō* [Documentos Relacionados], en E. S. Morse, *Ōmori Kaizuka* [El conchero de Ōmori], Tōkyō: Iwanami Shoten.

KIYONO, K. (1928). *Nihon sekki jidai jin kenkyū* [Estudios sobre los habitantes de la Edad de Piedra de Japón], Tōkyō: Okashōin.

- MORSE, E. S. (1877). «Traces of Early Man in Japan», *Nature* 17, p. 89.
- (1879a). «Ōmori Kaikyo Kobutsu Hen» [Objetos antiguos del conchero de Ōmori]. *Rikakaisui* 1.
- (1879b). «Shell Mounds of Omori», *Memoirs of the Science Department, University of Tokio, Japan* 1-1.
- (1961 [1886]). *Japanese Homes and Their Surroundings* (Dover Architecture Series), New York: Dover Publications.
- OGUMA, E. (1995). *Tan'itsu minzoku shinwa no kigen. Nihonjin no jigazō no keifu* [El mito de la nación homogénea. Genealogía de los autorretratos de los japoneses], Tōkyō: Shin'yōsha.
- SAHARA, M. (2007). «Yōroppa to gasshūkoku no kōkōgaku to shoki no nihon kōkōgaku» [La arqueología de Europa y los Estados Unidos de América y la arqueología de Japón en su fase inicial], en K. Inada et al. (ed.), *Nihon no kōkōgaku* [Arqueología de Japón] Vol. 2, Tōkyō: Gakuseisha, pp. 730-735.
- SAITŌ, T. (1974). *Nihon kōkōgaku shi* [Historia de la arqueología japonesa]. Tōkyō: Yoshikawa Hirobumi Kan.
- (1984). *Nihon kōkōgaku shi jiten* [Diccionario histórico de la arqueología japonesa]. Tōkyō: Tōkyōdō Shuppan.
- SAKANO, T. (2005). *Teikoku Nihon to Jinruigakusha: 1884-1952 nen* [El imperio japonés y los antropólogos: 1884-1952], Tōkyō: Keisō Shobō.
- SASAKI, C. e IJIMA, I. (1880). «Jōshū Okadaira Kaikyo Hōkoku» [Informe sobre el conchero de Okadaira en Jōshū], *Gakugei Shirin* 6-31, pp. 91-110.
- SEKI, T. (1985). «Hainrihi Shīboruto to nihon kōkōgaku» [Heinrich Siebold y la arqueología de Japón], en Mori K. (ed.) *Kōkōgaku no senkusha tachi* [Pioneros de la arqueología], Tōkyō: Chūō Kōronsha.
- SIEBOLD, H. VON (1879) *Kōsetsuryaku* [Introducción a la arqueología], Tōkyō: Henrī hon Shīboruto.

— (1879). Notes on Japanese Archaeology, with especial reference to the Stone Age, Tôkyô: Typography of C. Lévy.

SHINAGAWAKURITSU SHINAGAWA REKISHIKAN (ed.) (2007). Nihon kôkogaku wa shinagawa kara hajimatta - ômori kaidzuka to tôkyô no kaidzuka- [La arqueología japonesa empezó en Shinagawa -el conchero de Ômori y los concheros de Tôkyô]. Tôkyô: Shinagawaku kyôiku iinkai.

TERADA, K. (1975). Nihon no jinruigaku [La antropología de Japón]. Tôkyô: Shishakusha.

TESHIGAWARA, A. (1994). Nihon kôkogaku no ayumi [El desarrollo de la arqueología japonesa]. Tôkyô: Meicho Shuppan.

TOKUSHIMA KENRITSU HAKUBUTSUKAN (ed.) (1993). Tokushima no unda senkakusha. Torii Ryûzô no mita Ajia [Un pionero nacido en Tokushima. Asia vista por Torii], Tokushima: Tokushima Kenritsu Hakubutsukan.

TORII, R. (1910). «Etudes Anthropologiques. Les Aborigènes de Formose (1^r Fascicule)». Journal of the College of Science, Tokyo Imperial University XXVIII-6, pp. 1-17.

— (1912). «Etudes Anthropologiques. Les Aborigènes de Formose (2^e Fascicule)». Journal of the College of Science, Tokyo Imperial University XXXII-4, pp. 1-75.

— (1914). «Etudes Archéologiques et Ethnologiques. Populations Primitives de la Mongolie Orientale». Journal of the College of Science, Tokyo Imperial University XXXVI-4, pp. 1-100.

— (1918). Yûshi izen no nihon [El Japón Prehistórico]. Tôkyô: Isobe Kôyôdô.

— (1953). Aru Rôgakuto no Shuki: Kôkogaku to tomoni Rokujûnen [Memorias de un viejo estudiante: 60 años junto a la arqueología], Tôkyô: Asahi Shinbunsha.

TOZAWA, M. (1963). «Torii Ryûzô ron [Ensayo sobre Torii Ryûzô]». Sishô no Kagaku 18, pp. 58-64.

TSUBOI, S. (1904). «Tôkyô jinruigakkai man nijûnen kinen enzetsu [Discurso en el 20^o aniversario de la Sociedad Antropológica de Tôkyô]», Tôkyô Jinruigakkai Zasshi 20-223, pp. 1-12 .

TSUDE, H. (1986). «Nihon kōkōgaku to shakai» [Sociedad y arqueología de Japón], en Y. Kondō et al. (ed.), Iwanami kōza nihon kōkōgaku 7, Tôkyô: Iwanami Shoten, pp. 31-70.

VERNE, J. (1890). Le tour du monde en quatre-vingts jours, New York: C. Schoenhof.

WYMAN, D. G. (1942). Edward Sylvester Morse: A Biography, Cambridge: Harvard University Press.

YAGI, S. (1899a). Nihon Kōkōgaku [Arqueología de Japón] 1, Tôkyô: Kobayashi Shinbee.

YAGI, S. (1899b). Nihon Kōkōgaku [Arqueología de Japón] 2, Tôkyô: Kobayashi Shinbee.